

Jean-Pierre Cometti

El hombre exacto

Ensayo sobre Robert Musil

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo

Título original: *L'homme exact. Essai sur Robert Musil*

© Éditions du Seuil, 1997

© de la traducción: Laura Claravall, 2018

© **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2018**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-944328-8-0

Depósito legal: B 1792-2018

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

El hombre exacto 13

El ingeniero Robert Musil, 15 – Austria, símbolo del mundo moderno, 22 – Esquizotimias, 23 – La pasión de la otra manera, 28 – Pensamientos vivos, 33.

La literatura como experiencia 37

Síntomas, 40 – Despertares, 44 – Transgresiones, 46 – La moral se burla de la moral, 54 – Una biografía al revés, 57 – Eros en femenino, 64 – El amor por el teatro, 70 – Los servidores de Dioniso, 74.

El conocimiento del escritor: apuntes 81

El nacimiento de una idea, 83 – Especulaciones al alza y a la baja, 87 – «Es ist passiert!», 90 – Literatos y literatura, 93 – ¡Me he quedado empantanado!, 96 – Las catacumbas, 100 – Ejercicios de admiración..., 101.

El centro de la vida 109

El hilo de la narración, 111 – La célebre abstracción de la vida, 113 – El individuo y la media, 115 – Una colaboración caótica con los siglos, 117 – Aniquilar lo real, 119 – La belleza del alma, 122 – La levedad del «Hombre sin atributos», 126 – La era de las máquinas, 128 – Ulrich y el mundo de los sentimientos, 131 – Los mellizos, 134 – Lo inacabado y lo irrealizado, 138 – Amor o contagio, 142.

La última utopía 149

Entre el exceso y la confusión, 151 – La escritura de la duda, 154 – De Viena a Ginebra: exilios, 156 – ¿Qué es un autor sin lectores?, 159 – La mala reputación, 161 – Relación con la política, 163 – La democracia y el hombre medio, 168 – La literatura es inconmensurable, 172.

Anexos 177

Cronología, 179 – Bibliografía, 187.

A Marie-Philippe

La preparación de esta obra ha contado con la excepcional colaboración del IFK (Internationales Forschungszentrum Kulturwissenschaften). Quisiera expresar mi agradecimiento al profesor Manfred Wagner, su presidente, al doctor Lutz Musner, su responsable científico, así como a Gabriele Reinharter, Sonja Egger y Bernhard Sallegger por su acogida y por la ayuda constante que me brindaron durante mi estancia en Viena. Las circunstancias que propiciaron el nacimiento de este libro me exigen reconocer cuánto debe a la confianza y a los consejos de Pierre Oster Soussouev. Queden estas palabras como expresión de mi profundo agradecimiento. Philippe Jaccottet, a quien los lectores de Musil tanto deben, tuvo la gentileza de leer el manuscrito inicial. Estas páginas son un homenaje a su obra como poeta y como traductor.

Nací el..., algo a lo que cualquiera puede aspirar. El lugar mismo era insólito: Klagenfurt en Carintia; allí nace relativamente poca gente. En cierto sentido, esos dos hechos presagiaban mi futuro.

«¿Qué hay que hacer cuando no se aspiraba en absoluto al objetivo que al parecer se ha errado?» Cuando Musil anuncia con estas palabras a Stefanie Tyrka que acaba de terminar su primera novela, expresando unas dudas que sólo aparentemente afectan a la solidez de sus decisiones, tiene veinticinco años. Entre *Törless* y la publicación del primer volumen de *El hombre sin atributos* transcurrirán todavía veinticinco años, durante los cuales Musil deberá enfrentarse a otras dudas, a buen seguro más reales, ya que tendrán que ver con la evolución de su trabajo, con sus aspiraciones e incluso con la posibilidad misma de concluir su obra. De 1931 a 1942, el año de su muerte, Musil se entregará en cuerpo y alma, de forma cada vez más exclusiva, a un proyecto cuya desmedida envergadura recoge los grandes interrogantes de ese siglo. Morirá repentinamente en el exilio, tan sólo cuatro años después de la entrada de las tropas del Reich en Austria. Su novela, que debería haber terminado con la declaración de la guerra en 1914, encontraría en la siguiente contienda un epílogo, a falta de un final, que desvela retrospectivamente su sentido.

El hombre exacto

Las actividades humanas se podrían clasificar con el número de palabras que necesitan; cuantas más sean necesarias, peor se puede pensar de su carácter.

[HSA I, cap. 61, p. 252]

Los rostros de Monsieur su marido son in-nombrables.

PAUL VALÉRY, *Monsieur Teste*

El ingeniero Robert Musil

La idea que Musil se hacía de la literatura nunca lo llevó a sentir apego por la grandeza, tampoco en el caso de los artistas y los escritores. «Esta reciente costumbre de que los alemanes siempre hayamos de tener un sumo poeta entre los poetas —como si dijéramos un fornido guardia de corps de la literatura— es una perniciosa falta de ideas que carga con no poca culpa de que no se haya reconocido la importancia de Rilke» [EyC, p. 244].¹ La fama de Musil nunca ha sido comparable a la de Rilke. El éxito que conoció en vida —principalmente tras la publicación de su primera novela: *Las tribulaciones del estudiante Törless*— fue un paréntesis que le permitió eludir, durante un corto espacio de tiempo, el relativo desconocimiento de su obra. Todavía hoy en día, el reconocimiento del que goza es muy superior al conocimiento real que se tiene de ella. Musil es uno de los escritores que reiteradamente se asocian con el genio vienés, pero no es probable que con ello haya aumentado el número de sus lectores. Su sensación de ser ignorado está sin duda relacionada con el deseo de reconocimiento que Musil anhelaba; sin embargo, no se le puede reprochar que exagerase cuando escribe en una anotación de 1939: «Una situación típica de mi vida, al parecer: Es-

1. Las referencias a las obras de Musil se indicarán con su abreviatura entre corchetes. Cuando exista traducción en español, la paginación indicada será la de la edición española; en caso contrario se citará la obra francesa. Para las abreviaturas, véase la bibliografía al final del libro. (*N. de la T.*)

toy en Ginebra y nadie me conoce, no se me invita a ningún acto relacionado con el arte, el profesor Bohnenblust, ese pequeño papa, me ignora. Y lo mismo me ocurre por todas partes en Suiza. Me recuerda el Brünn de mis años jóvenes, cuando Strobl pasaba por ser un joven muy prometedor y yo era conocido como el autor de “paráfrasis”» [D II, p. 562]. Estas reflexiones no son ajenas a la «insatisfacción» que le producía su país natal; podría verse en ellas la otra cara de lo que singularizaba su trabajo y de cómo él mismo se mantenía a distancia, véase a contracorriente, de sus contemporáneos.

Las dos novelas de Musil: *Törless* y *El hombre sin atributos*, lo ponen de manifiesto. Los personajes que describe en su primer libro se parecen muy poco a los jóvenes estudiantes que Stefan Zweig o Hermann Broch, ambos vieneses, describían cuando evocaban sus respectivos recuerdos.² En cuanto a Ulrich, el «hombre sin atributos», su racionalismo y sus dudas son casi tan reveladores como la actitud de su autor y las opiniones que expresaba sobre su propia cultura. Como sugiere uno de los primeros capítulos de la novela,

Si hay alguien que tenga buena vista podrá ver que lo sucedido en Kakania fue precisamente eso, y en eso era Kakania, sin que lo supiera el mundo, el Estado más adelantado; era el Estado que se limitaba a seguir igual, donde se disfrutaba de una libertad negativa, siempre con la sensación de no tener la propia existencia su-

2. Stefan Sweig, *Le Monde d'hier*, trad., J.-P. Zimmerman, París, Belfond, 1982. [Trad. cast., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, trad., J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2001.] Hermann Broch, *Création littéraire et Connaissance*, «La jeunesse d'Hofmannsthal», trad. A. Kohn, París, Gallimard, col. «Du monde entier», 1966. [Trad. cast., *Poesía e investigación*, «Hofmannsthal y su tiempo», trad. Ramón Ibero, Barcelona, Barral, 1974.]

ficiente razón de ser; allí se fantaseaba sobre lo no realizado o, al menos, sobre lo no irrevocablemente realizado, bañándolo todo con el soplo húmedo de los océanos de donde ha surgido la humanidad.

«Ha ocurrido esto o aquello», se decía en Kakania, mientras otros, en alguna otra parte, creían que se había producido un fenómeno milagroso; era una expresión privativa que no se daba ni en alemán ni en ningún otro idioma; al pronunciar las realidades y los reverses del destino, aparecían éstos como plumas y pensamientos. Sí, a pesar de todo lo que se diga en contra, Kakania era quizá un país de genios, y probablemente fue ésta la causa de su ruina [HSA I, cap. 8, pp. 37-38].

En realidad, lo que distingue las dos novelas de Musil del contexto al que se suelen asociar no es tanto la expresión de una elección «literaria» contingente sino sus aspiraciones y cómo concebía la tarea del escritor: «seguir descubriendo siempre nuevas soluciones, nuevas interrelaciones, constelaciones y variables, establecer prototipos de diferentes cursos de acontecimientos, modelos seductores de cómo puede ser el hombre, inventar el hombre interior» [EyC, pp. 66-67].

Musil manifestaba una clara conciencia de su singularidad y de su manera personal de abordar los problemas a los que, según él, debía enfrentarse todo escritor. Franz Blei, que lo conocía muy bien, destacaba las originales vías que habían llevado a Musil a la literatura. Como escribió en su *Erzählung eines Lebens* [*Historia de una vida*], «Robert Musil llegó a la literatura por el camino más difícil y, tal como son las cosas hoy en día, por el más inhabitual y más fecundo». ³ Al principio, ese camino fue el que eligieron sus padres cuando, instalados en Brünn, decidieron

3. Franz Blei, *Erzählung eines Lebens*, Leipzig, Paul List Verlag, 1930, pp. 449-450.

enviar a su hijo, de doce años, a la escuela militar de Eisenstadt. Diversas fueron las razones de esa elección. Por un lado, la profesión del padre: Alfred Musil era ingeniero y profesor en la Escuela Politécnica de Brünn; de ahí las esperanzas que depositaba en su hijo. Por otro lado, el carácter difícil del niño así como la particular situación que reinaba en la familia desde que Alfred y Hermine Musil habían acogido en su hogar a un hombre a quien Robert apenas soportaba: Heinrich Reiter, que vivió durante treinta años en la casa de sus padres. Esta situación marcó al niño, también al adolescente, y como hombre ya maduro no la olvidó jamás: «Cuando me iba a la cama —escribe con cincuenta años— me puse a imaginar una mansión señorial en Austria, con cuatro torres redondas y de poca altura, foso y muros macizos; creo que pensaba en E...? [Eichhorn] junto a Brünn, donde Heinrich disparó contra dos corzos. Fealdad tosca» [D II, p. 227]. Eisenstadt representó para él un «decisivo viraje», como escribe a finales de los años treinta:

El decisivo viraje de Eisenstadt: Yo deseaba ir porque quería llevar pantalones azules largos. Papá lo deseaba en memoria del tío Rudolf y por los cálculos que se había hecho: A los 19 años y medio podría haber llegado a teniente, sería capaz de mantenerme y, con el dinero de que dispondría para mis gastos, me habría convertido en un hombre acomodado y con el porvenir asegurado. Mamá también parecía haber captado la idea de que no se me podía consentir todo. Es posible que en ocasiones fuera severa o violenta, cosa que hería mi dignidad de muchacho y desencadenaba una reacción colérica. Yo no me dejaba educar y menos aún por la fuerza. Así pues, todos estuvimos de acuerdo en separarnos. Pero en cuanto hubo sucedido, en Eisenstadt, se apoderó de mí una intensa nostalgia. ¡Criatura apasionada! [D II, p. 585]

En Eisenstadt, y después en Mährisch-Weisskirchen, otra prestigiosa academia militar que también había acogido a Rilke algunos años antes, el joven Musil descubrió su afición por las ciencias y las matemáticas, que contribuyó a orientarlo hacia los estudios de ingeniería. ¿Por qué más tarde se interesó por la filosofía y por la psicología? ¿Qué propició que también quisiera convertirse en escritor? Musil lo explicó en diversas ocasiones.⁴ A veces también expresó veladamente arrepentimiento o nostalgia; pero, más allá de las circunstancias que rodearon sus sucesivas elecciones, queda lo que Musil obtuvo: una afición, una exigencia, unas facultades que él mismo definía de este modo:

En primer término he de explicar por qué pienso de otra manera. Se deriva del hecho de que soy ingeniero. Cuando un albañil no consigue colocar un ladrillo a lo largo en la obra, trata de colocarlo a lo ancho. Lo mismo hace una doncella que trata de pasar un tronco de leña sin conseguirlo por la puerta de la estufa. Incluso un perro, cuando no consigue trasladar en la boca un palo porque tropieza con dos obstáculos, gira la cabeza a la izquierda y a la derecha hasta que alcanza la posición adecuada. Al parecer esa capacidad, intuitiva primero, y después intencional, de cambiar, constituye una de las «pocas» cualidades a las que la humanidad ha de agradecer su progreso.

Sólo en el campo del derecho y de la moral está prohibido [D II, p. 162].

Blei pensaba precisamente en esto cuando insistía en las originales vías que habían conducido a Musil a la literatura: «Una ecuación con tres incógnitas se puede resolver, pero para ello se debe hacer lo necesario. Un puente puede construirse, pero, en

4. Véase, por ejemplo, el Apéndice de J II, «Ébauche de testament», pp. 697-701.

cuanto al resultado, el ingeniero no puede limitarse a confiar en sus sentimientos, debe tener en cuenta la exactitud. En estos casos, el resultado no depende únicamente del éxito de cierto método, sino que se combina con la lógica». ⁵

Sin embargo, no fue por el placer de introducir la lógica o el arte del ingeniero en la literatura por lo que Musil renunció a la filosofía y decidió convertirse en escritor. La utopía de la exactitud que impulsa el proyecto musiliano puede parecer muy alejada de los motivos que suelen inspirar a Musil. «Callar cuando no se tiene nada que decir; hacer sólo lo necesario cuando no se tiene nada especial que pedir; y, lo que es más importante, restar insensible cuando no se posee el indescriptible sentimiento de abrir los brazos y de ser levantado por una ola de creación» [*HSA I*, cap. 61, p. 253], pueden parecer unas normas suicidas para alguien que se consagra al oficio de escritor. Pero el *hombre exacto*, que Ulrich describe con estas palabras, ilustra una experiencia que posiblemente sea necesaria para la literatura, una «utopía», en el sentido que Musil da a esta palabra, que aclara bastante bien lo que el escritor se proponía:

La utopía es el experimento en que se observa la probable transformación de un elemento y los efectos producidos en ese complicado fenómeno que nosotros llamamos vida. Ahora bien, si el elemento estudiado es la misma exactitud, se le separa y se le deja desarrollar; si se le considera como hábito del pensar y como una postura de vida, y si se deja influir su fuerza sobre todo lo que tiene relación con él, se llega a un hombre en el que se forma una paradójica comparación de exactitud y vaguedad [*ibid.*, p. 254].

5. Franz Blei, *op. cit.*, p. 450.